

# Palabras y principios rectores\*

Rubén Amaya Reyes  
*Rector*  
*Universidad Central*

Ante todo quiero agradecer profundamente a todos ustedes en nombre de la comunidad centralista, la asistencia a este acto social en que, llenos de alegría y satisfacción, celebramos nuestros primeros diez años de fructífera existencia.

Como acto social que es, al cual asiste tan selecto grupo de colombianos dedicados a la labor de propagar la cultura en nuestra patria, no estaría bien que les hablara de la universidad ideal con que todos hemos soñado para un país utópico, tan distante de la realidad, en donde una gran parte del pueblo permanece atrincherada y asfixiada por el analfabetismo.

De aquella idealizada y fantástica universidad que todos quisiéramos para nuestra patria; vertical y horizontalmente democrática, autónoma, humana y por consiguiente no individualista, investigadora permanente de los problemas que aquejan a la sociedad colombiana, forjada de nombres dispuestos a servirle sin egoísmos, no solamente transmisora de la ciencia, sino también investigadora de sus cambios y de sus aplicaciones prácticas.

Pero una cosa es lo que debiera ser la universidad colombiana, y otra muy distinta lo que es. Debemos partir de la realidad para procurar nuestro mejoramiento. Conociendo nuestras limitaciones en todos los órdenes, es hacer demagogia decir que nada se hace, y que todo es malo porque estamos lejos de alcanzar la meta de aquella universidad

imaginaria que ningún país del orbe ha alcanzado.

Expresa nuestra Constitución que la enseñanza primaria será gratuita en las escuelas del Estado y obligación en el grado que le señale la ley. Dice también que se garantiza la libertad de enseñanza y que el Estado tendrá, sin embargo, la suprema inspección y vigilancia de los institutos docentes, públicos y privados, en orden a procurar el cumplimiento de los fines sociales de la cultura y la mejor formación intelectual, moral y física de los educandos.

•••••

Debemos partir de la realidad para procurar nuestro mejoramiento.

Conociendo nuestras limitaciones en todos los órdenes, es hacer demagogia decir que nada se hace, y que todo es malo porque estamos lejos de alcanzar la meta de aquella universidad imaginaria que ningún país del orbe ha alcanzado.

\*Palabras pronunciadas el 30 de junio de 1976, en el Salón Rojo del Hotel Tequendama, por el doctor Rubén Amaya Reyes, entonces presidente del Consejo Superior de la Universidad Central y hoy su único cofundador superviviente y actual Rector.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos, avanzando un poco más, expresa en su artículo 26 que “toda persona tiene derecho a la educación, que ésta debe ser gratuita y obligatoria en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental; que la instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; que el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos”.

Pues bien, la realidad colombiana es bien distinta a lo consagrado en estos postulados ideales. La educación elemental no es obligatoria y lo que es peor, ni siquiera siempre gratuita, pues el Estado se ha sentido imposibilitado de atenderla en toda su extensión.

La instrucción técnica y profesional no ha podido ser generalizada, y desde antaño y, seguramente, por mucho tiempo en el futuro, el acceso a los estudios superiores es y seguirá siendo un privilegio o, por lo menos, una suerte.

Siendo esto así, como realmente es, las personas que tuvimos ese privilegio o esa suerte, estamos socialmente en la obligación de contribuir para que la educación superior se democratice cada día más.

Al respecto es indudable que ha sido muy importante el aporte que la educación privada le presta al desarrollo cultural de la República. Seguramente, durante mucho tiempo, la universidad privada seguirá atendiendo más del 40% de la educación superior, pues las necesidades en nuestro país han estado muy por encima de los medios económicos con que cuenta el Estado para satisfacerlas.

Además del denominado “explosivo crecimiento demográfico”, que aumenta vertiginosamente nuestra población escolar, es necesario agregar que en la época actual existe un mayor volumen de jóvenes que luchan desesperadamente por el derecho de hacerse universitarios. A estos innegables hechos, es necesario añadir el alto costo de la enseñanza universitaria dentro del presupuesto general de

la educación, el permanente déficit de catedráticos debido en parte a la falta de centros de enseñanza pedagógica y en parte al aumento de solicitudes de expertos altamente preparados por parte de los organismos oficiales y privados.

Sin los dogmatismos de los amigos del totalitarismo, pero también sin el individualismo de épocas pasadas, debemos ser explícitos en la idea de que el joven que ingresa a la universidad, va primordialmente a capacitarse para servir a la sociedad en que vive y con la cual debe colaborar en forma decidida, con miras a obtener el desarrollo y cambio cultural, económico y social que todos los colombianos, y, en general, los latinoamericanos, ambicionamos con vehemencia y no con la mira primordial de ocupar posiciones encumbradas.

Importante ha sido el esfuerzo que el Estado colombiano ha realizado en los últimos tiempos, en el campo de la educación universitaria. Pero causa tristeza e inspira enojo ver cómo buena parte de sus esfuerzos, se pierde por la acción de unas cuantas personas que olvidan que las libertades de opinión y de expresión, las libertades de investigar y de recibir informaciones y opiniones y la de difundirlas, conllevan también el deber de respetar estas mismas libertades y derechos fundamentales de los demás.

Si aún los países poderosos no están en condiciones de satisfacer todas las aspiraciones intelectuales de la población, mucho menos lo estarán los países en desarrollo, durante mucho tiempo. El Estado debe repartir su presupuesto entre las diversas necesidades públicas, y su presupuesto de educación debe ser también repartido entre la escuela primaria, la secundaria, los estudios superiores, así como los institutos técnicos y pedagógicos.

Sin desconocer que el presupuesto oficial que se consagra a la universidad beneficia o debe beneficiar a la comunidad entera, lo cierto es que dentro de nuestro sistema, beneficia primordial y directamente a la persona que

tuvo la suerte de terminar sus estudios. Entonces, es más repudiable la actitud de los profesionales y universitarios que, con fines nobles o egoístas, pretenden obstaculizar la marcha de la universidad.

Y lo es más, si pensamos que el mayor esfuerzo económico que el Estado emplea estos fines, va en perjuicio de gran parte de la población que no tiene acceso ni siquiera a la escuela primaria.

Dentro de la universidad idealizada que mencioné al principio de esta breve exposición, se sostiene que debe ser, no solamente transmisora de la ciencia, sino también investigadora de sus cambios y de sus aplicaciones prácticas. Que debe ser investigadora de los problemas que aquejan a la sociedad colombiana y dadora de soluciones.

Esto está muy bien como meta que nos debemos trazar, como principio que debe ser consagrado en todos los estatutos universitarios. Pero, por estar muy distante de la realidad colombiana, no puede, ni debe utilizarse como rótulo para atraer simpatizantes en el mercado universitario, pues es hacer demagogia.

La realidad nuestra es otra. En los colegios de enseñanza media de nuestra patria, casi sin excepción, no se inculca al estudiante el deseo de investigar, sino que se le enseña a memorizar, a llevar en la mente una cantidad de conocimientos muchas veces sin sentido científico ni práctico.

Nuestros estudiantes en su inmensa mayoría, ingresan al claustro universitario para que se les enseñe, para que los capaciten en el ejercicio de una profesión, más o menos liberal, y les den un cartón que les garantice un mejor nivel de vida, y puedan ocupar una mejor posición dentro del conglomerado social. Pero es más, para poder subsistir durante su vida universitaria, la mayoría de las veces deben ganarse su sustento y el de su familia, disponiendo apenas de limitado tiempo para aprobar las asignaturas.

El presupuesto de las universidades oficiales es limitado para el sostenimiento de sus instalaciones y de su tren profesional y administrativo, y se ven de pronto pequeñas partidas que disimulan su incapacidad para que sea una universidad investigadora. Estos males tienen como causas, iguales o parecidas a las que impiden la democratización de la enseñanza, pero son reales, existen en nuestro país.

Debemos sí, hacer un gran esfuerzo en esta materia para corregir nuestras deficiencias. Debemos procurar, dentro de nuestras posibilidades financieras, técnicas y políticas, dar un gran impulso a la investigación, dentro de un sistema de prioridades muy bien analizadas y definidas.

Esto es urgente, pues ya se va haciendo vieja la costumbre de explicar que todo lo malo que nos sucede, no es sino reflejo de lo que sucede en otras latitudes. Que la descomposición moral que vive el país, tanto en el sector público como en el privado, es traslado del grado de corrupción en que vive el mundo.

Sin el conocimiento completo de la riqueza o de la pobreza de nuestro suelo, de nuestro subsuelo y de nuestros mares, con frecuencia se oye decir que la miseria de nuestro pueblo, es solamente un trasunto de las necesidades apremiantes por que atraviesa la humanidad.

Pero es más, en las épocas en que hemos gozado de amplia tranquilidad pública y privada, en las épocas en que hemos tenido exceso del haber sobre el debe en el presupuesto estatal y en la balanza internacional, bonanza en todos los órdenes, no hemos sido capaces de trasladar esa prosperidad a toda la masa social o siquiera a buena parte de ella.

Es cierto que ningún país del orbe y sobre todo del mundo en vía de desarrollo, puede librarse de la influencia de los problemas generales que aquejan a la humanidad. Pero esta influencia sería menos desastrosa si la universidad pudiera participar activamente en el estudio de las causas de estos males

Nuestros  
estudiantes en su  
inmensa mayoría,  
ingresan al claustro  
universitario para que se les  
enseñe, para que los  
capaciten en el ejercicio de  
una profesión, más o menos  
liberal, y les den un cartón  
que les garantice un mejor  
nivel de vida, y puedan  
ocupar una mejor  
posición dentro del  
conglomerado  
social.

nacionales, si la universidad pudiera formar profesionales verdaderamente investigadores.

Dijo la semana pasada un distinguido periodista de la capital: “Se pone a funcionar una doble moral cuando se sigue el viejo criterio de que lo malo no es malo mientras no se conozca, y que lo bueno siempre lo es mientras nos abstengamos de mostrar su fondo”. Sobre este mismo tema expresó un ilustre pensador colombiano en agosto de 1898: “La tranquilidad pública indispensable para que cada ciudadano pueda disfrutar a contento del bienestar que a la suerte o al trabajo le deba, nos va siendo desconocida; vivimos una vida enfermiza; la crisis es nuestro estado normal; el comercio y todas las industrias echan de menos el sosiego que han menester para ir adelante. La pobreza toca todas las puertas. Males son estos, hijos de la

época en que nos ha tocado vivir. Apenas se hallará actualmente nación que no padezca de los mismos u otros mayores. Pero males son cualquiera que sea su causa”. Lo importante es curarlos, agregó yo.

Hace justamente diez años un grupo de amigos, contagiado por el infatigable entusiasmo de Alberto Gómez Moreno, coadyuvados por la fecunda experiencia universitaria de Darío Samper y de Carlos Medellín Forero, aunados por los nobles y patrióticos propósitos que siempre han inspirado los actos públicos de Raúl Vásquez Vélez, Alberto Téllez Camacho y Eduardo Mendoza Varela, e impulsados por la inteligente pujanza de Jorge Enrique Molina, dimos principio a la Fundación Universidad Central, hoy ampliamente conocida, no solo en el ámbito de la sociedad capitalina, sino también en buena parte de la geografía nacional y en no pocos países amigos. Claro que no ha llegado a su pleno desarrollo y se mantendrá en permanente evolución, pues solamente así podrá cumplir los fines culturales, sociales y humanísticos que tuvimos en cuenta sus fundadores al crearla.

Iniciamos nuestra tarea con optimismo y esperanza y hemos logrado rotundos éxitos, cualitativos y cuantitativos, gracias al noble esfuerzo de todos y cada uno de los estamentos universitarios. Hemos estado siempre rodeados de directivos, decanos, profesores y funcionarios muy competentes, trabajadores infatigables, de excepcional capacidad y desprovistos de la menor huella de egoísmo.

Siempre nos hemos prestado leal y sincera ayuda en nuestros nobles propósitos. Sin dejar de ejercer una sana, libre y activa crítica, nunca hemos incurrido en inoportunas rivalidades que casi siempre obscurecen el futuro, corriendo el riesgo de perderlo. En nuestra casa de estudios todos hemos tenido oportunidad de expresar nuestros deseos y opiniones, y en este ir y venir de ideas libres, numerosos

pensamientos coherentes han sido transformados en realidades, con gran rapidez y eficiencia. No obstante la corta existencia del claustro centralista, puedo sostener que, si bien tuvo niñez, su adolescencia casi no se notó y ha pasado a la edad madura con una celeridad mirada con sorpresa por amigos y extraños. Nuestros universitarios casi llegan a los tres millares, alojados decorosamente en aulas de propiedad de la Fundación y con terrenos suficientes para atender su futuro desarrollo. Cuenta con eficientes profesores catedráticos y de planta. La función administrativa es atendida únicamente por cuarenta funcionarios, pues hemos sido muy cautelosos en no crear cargos que puedan ser calificados como burocráticos. Esto se ha podido hacer sin recibir auxilios oficiales ni privados, lo cual significa que ha habido decoro, honestidad y eficiencia en la utilización de los recursos que la humanidad ha suministrado al claustro. Que no se ha malgastado el dinero en actividades o fines que no sean esenciales para el mejor cumplimiento de su misión, dentro de un programa de prioridades bien discutido y analizado. Significa también que ha habido sacrificio económico por parte de los directivos y profesores que, con legítimo orgullo, prestamos nuestro desinteresado aporte al progreso de la Universidad.

Estamos convencidos en nuestra alma máter de que uno de los objetivos primordiales de las instituciones de enseñanza superior, debe ser el de la creación de una ciencia y una tecnología autóctonas, que permitan enfrentar los

problemas propios de cada país, sin estar su-peditados a la importación de los conocimientos y los procesos tecnológicos que encajan en los centros más avanzados del mundo.

Hay una problemática particular en América Latina, cuyo planteamiento no se percibe como indispensable en los países más adelantados, y cuya solución no motiva su interés particular. Resulta imperativo que los países de América Latina posean un potencial científico, capaz de atacar estos problemas con sus propios medios, a menos que nos resignemos a que su planteo y solución se posterguen indefinidamente.

Por las anteriores razones, los programas académicos de la Universidad Central, así como los seminarios que con frecuencia organiza y sus ciclos de conferencias, están informados de un acentuado sabor de integración latinoamericana.

Reafirmamos hoy nuestro convencimiento de que, sin la decidida colaboración de las universidades, no se podrá lograr una sólida integración latinoamericana, y que tal colaboración de nuestra problemática particular, con el intercambio de profesores, conferencias y asociaciones a nivel regional, asistencia técnica, etc., de todo lo cual algo hemos hecho y tenemos programas preparados para desarrollar en un futuro próximo.

Para terminar, quiero que brindemos por el futuro de nuestra Universidad en particular y, en general, por el buen éxito de todas y cada una de las universidades colombianas y latinoamericanas.

**bojas** Universitarias.....